Relatoría por Angélica Tognetti

Dos cosas cualesquiera que oscilan más o menos en el mismo intervalo, si están físicamente cerca, tenderán a armonizarse paulatinamente y a moverse con el mismo exacto intervalo.
Todos los seres vivos son oscilantes. Vibramos. Seamos amebas o humanos, palpitamos, nos movemos rítmicamente; marcamos el tiempo.
Las buenas relaciones humanas suponen arrastre, sincronía.
Nos sincronizamos los unos con los otros todo el tiempo.

Contar es escuchar. Ursula K. Le Guin

Una forma blanda, una ameba hecha de otros cuerpos, un baile de organismos diversos, la confluencia del Otro en una unidad. En el "Laboratorio teatral del malestar" organizado por La Neura nos hemos vuelto cuerpos porosos, abiertos y oscilantes. Cuerpos conocidos o desconocidos han confluido en encuentros inesperados.

Todo partía del cuerpo y acababa en el cuerpo. El lenguaje quedaba para dar directrices a nuestras acciones, nuestros cuerpos se ponían a la escucha y, de repente, las palabras se convertían en un sonido de fondo que nos hacía vibrar.

Más allá de la palabra, hemos generado juntas narrativas corporales, construido historias a partir del movimiento de las otras. Hemos transitado diferentes estados: el agua, la tierra, el viento y el fuego. Nos hemos perdido y nos hemos vuelto a encontrar. Hemos entrado en papeles, nos hemos empapelado juntas.
Hemos estado todas para todas, hemos estado pendientes.

En este encuentro, La Neura ha creado un espacio complejo donde nada era casual: cada objeto y cada cuerpo, si bien en movimiento, transitaba marcos de sentidos concretos. Al mismo tiempo, ha conseguido establecer un espacio tierno y seguro donde cada una de nosotras ha podido expresarse desde sus fragilidades y vulnerabilidades. Acogidas en este espacio-tiempo, La Neura nos ha hecho entender que nuestras formas de estar rotas se pueden expresar y esto es profundamente liberador, sobre todo si se hace desde el juego, riéndonos juntas e interactuando sin prejuicios.

Grabado en mi memoria y en mis carnes, el laboratorio ha hecho brotar en mí otras maneras de comunicarme, diferentes a las que estoy acostumbrada. Me ha hecho desbordar, salir de mi zona de confort y vibrar desde otro lugar.

Mi práctica se mueve entre pensamientos y palabras, entre la teoría y la mente, entre lenguajes complejos que se entrelazan con imágenes. Sin embargo, esta

abstracción no deja de expresarse como un deseo tocante que quiere también remover los cuerpos.

Comparto con La Neura el deseo de abrir otros imaginarios vinculados a la salud mental. A raíz de una experiencia personal reciente, he sentido la necesidad de encontrar referentes teóricos y artísticos que me pudieran acompañar desde una perspectiva crítica y creativa. Entre 2025 y 2026 he comisariado una exposición titulada «Poètiques de la follia» (poéticas de la locura) que abordaba la complejidad de la neurodiversidad y la locura a partir de múltiples dinámicas participativas e instalaciones artísticas. María Ruido, Claudia Ventola, Natalia Lazaro Prevost y Julia Montilla, a través de sus piezas, plantean preguntas sobre las formas de expresión de los malestares psíquicos. La exposición reflexiona sobre cómo, históricamente, la locura ha sido confinada y excluida de la vida pública poniendo el foco en cómo actualmente, sigue siendo estigmatizada y existe una profunda incomprensión respecto a las diversidades.

La exposición lanza una pregunta fundamental: ¿quién no ha atravesado momentos de ruptura, desbordamiento y pérdida de control? Creo que el espacio generado por La Neura nos ha permitido poner en escena tanto esta pregunta como su respuesta. Juntas hemos encarnado este desbordamiento, nos hemos atrevido a expresar nuestras formas de locura sin miedo ni vergüenza, algo que me ha sorprendido muy gratamente ya que en mis prácticas no acostumbro a exponerme desde el cuerpo, dado que remueve profundamente.

Los únicos momentos en los que he conseguido poner el cuerpo sin miedo ha sido en momentos de brote o de hipomanía. Un día, durante un ingreso, me dejaron salir para realizar una actividad. Fue la performance más potente que he hecho nunca. Cogí todos mis objetos del hospital y los llevé al espacio expositivo de «Poètiques de la follia». Me cambié de ropa y me puse en pijama, el atuendo que llevaba la mayoría del tiempo en el hospital. Desplegué todos mis objetos y expliqué a estudiantes de la universidad qué significaba tener un trastorno bipolar y el sentido de cada uno de los objetos que estaban en mi bolsa. Me expuse totalmente desde la fuerza de la vulnerabilidad de un cuerpo diagnosticado e ingresado. Allí no tuve miedo ni vergüenza. Pero, ahora, volver a poner el cuerpo me cuesta muchísimo.

Sin embargo, como he dicho más arriba, en el encuentro de La Neura, mimada por sus voces y guiada por los diferentes ejercicios, este miedo a momentos se iba desvaneciendo y no me costó implicarme en la mayoría de las actividades. En todo momento sentí que mis necesidades y mis grandes inseguridades eran respetadas. Se había generado un espacio de seguridad tal que me permitió entrar en contacto con mi cuerpo y decidir cómo situarme para el ejercicio final de playground. Tuve la posibilidad de elegir entre seguir participando activamente o situarme como espectadora. Elegí la segunda opción y me senté junto a Mireia, Vanesa y Gemma para ver cómo sus directrices moldeaban el movimiento de las demás participantes.

¡Fue un verdadero espectáculo! Gritos, susurros, interacciones entre objetos, abrazos y desajustes iban dando forma a una coreografía, una puesta en escena improvisada. Un baile de locos y locas.

Me sorprendió experimentar por primera vez las potencialidades de la tipología de teatro propuesta por el colectivo, una modalidad de teatro más democrática que va más allá de la disciplina y parte de reconocernos en un juego en el que somos todas iguales. El encuentro me ayudó a percatarme de la importancia del teatro para la comunidad y, en este caso, para abordar las vulnerabilidades vinculadas a salud mental que atravesamos todas. En el laboratorio salió a la luz la profunda necesidad de unirnos, de confabular juntas a partir de nuestra carne. Algo que generalmente no nos es permitido en nuestra cotidianidad.

Sentada en la biblioteca, con el recuerdo vivo de nuestro encuentro agarrado en mis pupilas gustativas, tengo ganas de moverme y expresar a partir del movimiento, más allá de estas palabras, la dulzura de ese momento. La belleza y la ternura desplegada allí hace aflorar en mí una frase pronunciada por un participante con la que podría concluir esta relatoría:
En el “Laboratorio teatral del malestar” hemos llegado como individuos y nos hemos ido como un grupo.

El trabajo final que he realizado para el Programa de Estudios Independientes del MACBA titulado «Des-pliegues. Las superficies sensibles de la época contemporánea» aborda el pliegue, la arruga y la estría como condición necesaria ante la imposición de una ética y estética de lo liso, es decir, una aplatanamiento de todos los deseos revolucionarios y una uniformización de los cuerpos. Siento que en el laboratorio nos hemos podido plegar juntas poniendo en duda los mandatos de la lisa “normalidad”. Cada gesto, cada movimiento, cada ruido respondía a la necesidad y el deseo de ser disconformes.